



EL VENERABLE MÁRTIR

FR. VALENTIN DE BERRIO-OCHOA

*Obispo de Centuria*

y

Vicario Apostólico del Tung-Kinh Central



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO DE LOS SUCESORES DE N. RAMIREZ Y COMPAÑIA

Pasaje de Escudillers, núm. 4

1886



EL VENERABLE MÁRTIR

FR. VALENTIN DE BERRIO-OCHOA

*Obispo de Centuria*

y Vicario Apostólico del Tung-Kinh Central

I

¡Bendita mil veces la Santa Religión Católica! Impregna el alma con los suavísimos aromas de la virtud; fortifica el corazón con la esperanza de una gloria eterna, y alienta y consuela con los ejemplos de sublime abnegación que diariamente ofrecen los propagadores de la fe.

¿Cómo no amar á una Religión todo paz y caridad? Ella nos enseña que somos la imagen y semejanza de la misma Divinidad; que todos merecemos iguales consideraciones al Supremo Hacedor; que el que cumple con sus divinos mandatos, acatando su ley, alcanza la recompensa en una vida tan gloriosa, como infinita; ella nos inspira la admiración al Creador y nos hace consagrar el afecto de hermanos á todos los hombres; por ella, en fin, la humanidad, regenerada por el sacrificio del Hombre-Dios en el Gólgota, camina decidida y resuelta por la senda que la conduce á la suprema felicidad, al término de su viaje, al logro de sus más bellas aspiraciones.

Mas la Religión, no satisfecha con llevar la paz al corazón, y al alma el sentimiento de su propia grandeza, nos infunde un valor tal, una decisión tan enérgica para proclamar sus

excelencias y sostener sus divinos principios, que el heroísmo, y aun el mismo sacrificio, semejan á la corona del triunfo ó á los vítores de gloria con que se recompensan las acciones más brillantes.

Décidnos, sectarios del no ser, panegiristas del libre pensamiento, mantenedores del materialismo, todos los que pretendéis difundir las utopías más absurdas: ¿nos presentaréis un ejemplo, sólo uno, de que vuestras disolventes teorías, que si electrizan la mente, matan el alma, hayan producido arranques de abnegación, de sacrificios y de heroísmo como los que la Cruz infunde á sus hijos?. ¡Ah!. Podréis trastornar el mundo, subvertir el sentido moral, arrastrar al hombre por el cieno del vicio, materializando sus sentimientos y alhagando su vanidad pueril; pero, producir esa tierna y bellísima pureza de nuestras vírgenes, la ardiente caridad de nuestros confesores, la abnegación sublime y sin límites de nuestros mártires, ¿eso jamás! que tan nobilísimos impulsos sólo nacen á la sombra protectora de la luz del Evangelio; cuando se deja uno guiar por la antorcha de la fe y se inspira en la virtud y en el amor á sus semejantes.

¡Fenómeno singular! Vive un pueblo, una nación ó una parte del mundo oprimida por la tiranía; trata de sacudir el yugo y se levanta imponente á destruir las cadenas que le esclavizan; más el vencedor aplasta ese gigantesco esfuerzo con el terror, la tiranía, ó lo ahoga en sangre de tal modo, que cada nueva tentativa por reemplazar su libertad se presenta más débil, hasta que el pueblo, que aspiraba á ser dueño de sus destinos, queda reducido á la impotencia ó se confunde con el opresor. Alzase en el Calvario la Religión divina: los Césares la persiguen con saña y encono; los grandes de la tierra la desprecian, los pretendidos sabios la satirizan y los tiranos hacen correr ríos de sangre para ahogarla en sus orígenes y exterminar la raza de los nazarenos; y á cada pragmática condenando al cristianismo, á cada golpe que asestan á la Religión, miles de nuevos creyentes la proclaman y aceptan; á cada cabeza, que la cuchilla de Nerón y de Dioclecia-

no y de tanto y tanto perseguidor de la iglesia, hace rodar por los suelos, álzanse millones de frentes buscando en el Cielo la nueva luz que regenera sus corazones. ¡Hermoso espectáculo! Al salpicar el suelo cada una de las gotas de sangre derramada por los Mártires de la fé, se convierte en foco intenso de brillante luz, que iluminando los entendimientos, permite distinguir nuevos y dilatados horizontes, en que fulgura la verdad con sus mágicos resplandores. ¿No es cierto que, aparte de su divino origen y enseñanzas, el solo hecho de propagarse la Religión entre el odio de sus enemigos, las persecuciones y el exterminio, revela que es la sola verdadera, santa y divina?

Y no se nos diga que la Religión creció, se desarrolló y fortificó, allá en sus primeros siglos, por la fé intensa de sus propagadores, y que después, al vivir tranquila en el seno de la sociedad, ha ido menguando el sentimiento divino que la alienta; no, que si bien algunos espíritus apocados, engalanados con el dictado de fuertes, han sentido desfallecer su fé en las dulzuras de la paz y en los goces mundanos, hay el hecho elocuentísimo de que en todas las edades y siglos, en todos los países y regiones, allí donde el sol alumbraba, han existido y existen celosos propagadores de la verdad, inclitos confesores é insignes mártires, encargados de mantener vivo el espíritu de la Religión, de acrecentarla y de sellar con su generosa vida su inquebrantable adhesión á las doctrinas del Crucificado. En los países civilizados, donde las doctrinas disolventes se afanan por perturbar las conciencias y destruir el orden moral, se levantan las Comunidades religiosas á sostener la fé, resplandeciendo en todas ellas el verdadero espíritu del bien; allá donde el Evangelio no ha cundido ó se persigue á los cristianos, los misioneros, esos ángeles de paz, tan humildes é ignorados como esclarecidos, corren de valle en valle, de cabaña en cabaña, y sin temor al clima mortífero, á los trabajos y privaciones, á la oscuridad perpetua en que luchan, van difundiendo la verdad y arrancando almas al error, para conducir las por el camino de su eterna felicidad.

Muchos caen, es verdad, heridos por la fatiga ó por la cuchilla; mas ¡qué importa! si esa noble sangre, así prodigada, ha servido para llevar al Cielo algunas almas; si sus sacrificios, que el mundo ignorará, obtienen el único galardón á que aspiran, la salvación de los hombres; todo lo sufren con gozo, y al caminar al suplicio, en vez de llevar demudado el rostro, les rodea la aureola de gloria que inunda á quien celebra un triunfo.

Nos sugiere estas reflexiones un suceso que dentro de breves días tendremos la dicha de presenciar. El grandioso vapor *Isla de Luzón*, al mando del capitán D. Ramon de Mendezona, conduce desde Manila los venerables restos mortales del ILMO. SR. D. FR. VALENTÍN DE BERRIO-OCHOA, Obispo de Centuria y Vicario Apostólico del Tung-Kinh Central, martirizado por los infieles en 1861. Y antes de que esas preciadas reliquias toquen tierra de la madre patria, anhelamos presentar en breves rasgos lo que fué ese Prelado, para que así se comprenda el cariñoso afán con que Bizcaya y su pueblo natal, la noble villa de Elorrio, esperan el día de guardar, con la debida veneración, las cenizas de su ilustre hijo, el modesto Dominico que, piadosamente juzgando, está en el Cielo, orando por su patria.

La tarea es sencilla y nos la dá hecha el notable trabajo del Sr. D. José Miguel de Arrieta Mascárúa, distinguido Padre de Provincia del Señorío de Bizcaya y notable escritor, que á raíz del glorioso martirio de Berrio-Ochoa, delineó su vida con la delicadeza que le distinguía.

## II

Existe en el Señorío de Bizcaya una villa, que, si es notable por la majestuosa belleza de sus edificios, atrae las simpatías de cuantos la visitan, por el carácter de sus hijos, por su religiosidad y porque en ella parece respirarse una atmósfera tranquila, sosegada y purísima: no sabemos lo que

Elorrio, que es la población á que aludimos, tiene, pero reúne tales encantos, recuerdos tan plácidos, que al encontrarlos en sus calles ó recorrer sus hermosos campos, nos sentimos inundados de un especial placer.

En esa villa, fronteriza á Guipúzcoa, nació en el número 7 de la calle de Suso, el 14 de Febrero de 1827, VALENTÍN FAUSTINO DE BERRIO-OCHOA Y ARIZTI, que, al siguiente día, fué bautizado en la parroquial de la Concepción, donde en breve descansarán sus restos mortales.

Esé niño, tan amado del Cielo, era hijo de D. Juan Isidro de Berrio-Ochoa, descendiente de las casas infanzonas de Berrio-Aldecoa y de Gastea, y de D.<sup>a</sup> Mónica de Arizti, que descendía del noble solar de Urruti. Ejercía su padre el modesto oficio de carpintero ó ebanista, librando en su arte la subsistencia de su familia. ¡Coincidencia notable! El que en breve sería un Prelado de la Iglesia, un mártir de la fe, nacía en humildísima cuna, aunque de ilustre estirpe. No quisiéramos decir un desatino, pero hasta en esto parecía querer imitar á su Divino Maestro, Jesucristo, que nace en un pesebre, siendo de regia ascendencia; su padre ejerce el noble arte del carpintero, como San José, padre putativo de Jesús.

De carácter dulce, genio expansivo, talento claro y penetrante, corazón sensible y conciencia rectísima: un extremo amor al estudio, y grande espíritu de recogimiento, juzgan cuantos conocieron á Berrio-Ochoa en su niñez, eran las cualidades que en él resaltaban, de tal modo, que sus profesores D. Juan José de Echevarría, de primeras letras, y el P. Santiago de Mendoza, de latinidad, se sorprendían de sus adelantos. Especialmente el P. Mendoza gozó deleites sin igual, derramando á raudales, en el corazón de su discípulo prelecto, la semilla de la virtud y entusiasmando al joven Berrio-Ochoa con la relación de los prodigios que los hijos de Santo Domingo hacían en las más apartadas regiones, difundiendo la luz del Evangelio. Estas descripciones, animadas por el fervor del P. Mendoza, encendían el predispuesto espíritu de

Berrio-Ochoa, que buscaba afanoso las ocasiones de renovar las conferencias, huyendo de las diversiones propias de su edad y haciendo nacer en su corazón el deseo de vestir el santo hábito de Santo Domingo, consagrándose á la conversión de los infieles.

Las lecturas sagradas, especialmente los *Ejercicios de perfección*, le atraían singularmente, adelantando tanto en la virtud, que frecuentaba los Santos Sacramentos, y en ellos fortalecía su vocación. No podían, empero, sus padres, dada su modesta posición, costear su carrera y hubo de dedicarse al taller, acompañando á su buen padre durante más de tres años. No fué el trabajo corporal obstáculo á sus prácticas religiosas: llevaba cilicio, se maceraba con disciplinas, ayunaba con exceso y la aurora le sorprendía de hinojos ante un Crucifijo: la meditación formaba sus delicias, y la lectura de libros religiosos su mejor distracción; en fin, por ser algo en la Iglesia, se dedicó á sacristán del convento de monjas de Santa Ana, y así llegó á la edad de las pasiones sin haberlas sentido, de tal modo, que jamás se mancilló con los ardores juveniles.

Crecían, en tanto, sus anhelos de consagrarse por entero á Dios, mas su vocación estaba contrariada por las necesidades de su familia, á la que amaba con delirio: hizo voto de castidad, que renovaba con frecuencia, y así esperó tranquilo se modificaran las circunstancias, hasta que, por fin, sus padres, vista su decidida inclinación, hicieron esfuerzos inauditos y lo enviaron al Seminario de Logroño.

En Octubre de 1845 ingresó en aquel docto establecimiento, y no hay que decir si quien cohibido por el trabajo fué modelo de cristianos, sería en el Seminario ejemplo de cuantos se dedicaban al sacerdocio: todas sus notas de sobresaliente revelan su afección al estudio de las ciencias sagradas; su angélica conducta y acendrada religiosidad mostraron, en rasgos sublimes de humildad, lo heroico de sus virtudes y la pureza de su alma. ¡Ah! Si fuera dable referir en este ligero bosquejo hechos suyos, que asombraron á sus profesores y

compañeros, se comprendería que Berrio-Ochoa era de los predestinados al martirio y á la gloria.

Sacrificó, empero, nuevamente su vocación al conocer que sus padres hacían sacrificios extraordinarios por costearle la carrera, y quedóse en Elorrio, dedicado al trabajo, pero consagrado más que nunca á sus oraciones, devociones á la Virgen y ejercicios espirituales; horas enteras pasaba abismado en oración, privándose de cuanto podía serle grato y poniendo toda su confianza en el Señor. Y no confió en vano, pues el Sr. Irigoyen, Obispo de Calahorra, conocedor de las grandes virtudes de Berrio-Ochoa, le encomendó la dirección espiritual del Seminario de Logroño, cuando contaba 24 años de edad y solo tenía la *prima tonsura*. ¡Cuán relevantes serían sus dotes para confiarle este delicado y espinoso cargo en edad tan temprana y sin haber recibido aún ni las órdenes menores! En 1851 ascendió al orden sacerdotal, á título del honorífico cargo que ejercía, colmándose así las levantadas aspiraciones de su alma.

Presbítero ya Berrio-Ochoa, debía marchar con alas de ángel hacia la santidad, ya que en los albores de la razón caminó rápidamente hacia la perfección cristiana. Vigilancia extremada por la moralidad del Seminario; estudios profundos de la teología y constante oración y ejercicio, forman el cuadro de su vida en los tres años que permaneció en Logroño. A los que su voz no conmovía, les arrastraba con el ejemplo, y postrado ante el Crucifijo, cual otro Sto. Tomás de Aquino, pedía y alcanzaba del Cielo las luces y la solución de todas las dudas. El confesonario y el púlpito le llevaban las horas que su cargo no le ocupaba, y su descanso era la oración y la mortificación. Al celebrar el santo sacrificio de la Misa excedía su devoción á cuanto puede imaginarse, tanto que de él puede decirse aquella célebre frase: *Si angel parecia en todas partes, serafin parecia en el altar*: las visitas á los hospitales y los enfermos le encantaban, porque en ellas hallaba ocasión de ejercitar su ardiente caridad y su extremada humildad. Refleja perfectamente lo que Berrio-Ochoa fué en

Berri Logroño, que el Obispo Sr. Juárez Berzoza le calificó del sacerdote más virtuoso de la Diócesis y el que el pueblo le apellidaba el Santo, oyéndose frases como: *hoy predica el Santo; me confieso con el Santo; ¡Cuánto madruga el Santo!*

Abierta nuevamente la casa matriz de la ínclita Compañía de Jesús, en Loyola, Berrio-Ochoa, que había rehusado varios puestos, fija su mente en el claustro, acudió, en Julio de 1853, al venerable P. Antonio Morey, Superior entonces de Loyola, pretendiendo vestir la sotana de la Compañía. Presupone antes con unos rigurosos ejercicios espirituales, y leal siempre, hasta en lo que podía contrariar sus aspiraciones, advirtió al P. Morey que desde niño había sentido inclinación al instituto de Sto. Domingo: meditó el caso el P. Morey, varón lleno del espíritu de Dios y de un gran dón de consejo, y le indicó siguiera sus primeras impresiones, solicitando el ingreso en Ocaña. Consultó Berrio-Ochoa este consejo con su antiguo director espiritual, y como éste juzgara que la respueta del P. Morey sólo tenía por objeto probar mejor su vocación, reiteró, obediente, la petición; la contestacion, en que se le instaba nuevamente á seguir la vocacion de su juventud, y los bellos consejos que en ella derramaba el P. Morey, hicieron ver claramente á Berrio-Ochoa que Dios le llamaba al Orden de Predicadores; pidió, pues, el ingreso en el convento de Ocaña, donde penetró el 26 de Octubre de 1853, vistiéndose aquel sagrado hábito que santificaron Sto. Domingo, S. Raymundo de Peñafort, Sto. Tomás de Aquino, S. Vicente Ferrer y tantos y tantos como forman la corona de gloria de la nobilísima Orden de Predicadores.

Ya está satisfecha su ambición, ya quedan colmadas todas sus ansias. Las rudas pruebas del noviciado aquilatan sus virtudes; soporta resignado las horribles contrariedades á que el Señor le sujeta, para probar más y más su vocación; vence la enfermedad del sueño que le acomete siendo así que sólo dormía ántes cuatro horas diarias; sufre callado la falta de los consuelos espirituales, con que Dios le favorecía anteriormente al recibir la Eucaristía; observa tan puntual y ri-

gidamente las reglas de la Orden, que asombra á sus Maestros; se mortifica con un rigor tan desusado, que parece hombre sin pasiones; jamás se le oye palabra ociosa, ni de mera curiosidad: y así de perfección en perfección, de humildad en humildad, llega á despegarse de todo afecto de carne y sangre, y, venciendo á sí mismo, llega al límite que el Señor reserva para sus escogidos predilectos.

Profesa y continua siendo el asombro de todos; termina sus estudios de teología, sacando frutos admirables de ciencia y de virtud; es director ó maestro de legos, y éstos le aman como á padre y respetan como á santo, diciendo de él el Padre Gainza, después Obispo de Nueva-Cáceres, *su presencia ejercia cierto poder sobre el alma y no era posible mirarle sin sentir cierta impresión de respeto, veneración y devoción al mismo tiempo.* Y el celoso P. Morán decía, predicando en el Seminario de Logroño: *«que luego que le vió habian quedado satisfecho sus deseos de ver un santo en la tierra, y que esperaba seria colocado en los altares.»* ¡Quién sabe si estas palabras fueron inspiradas por el Señor y constituyen una profecía!

### III

Nueva faz toma la existencia de Berrio-Ochoa: engalanado con todos los dones de la virtud, pronta su alma al sacrificio, ¿qué le falta para consumir su gloriosa victoria? la orden de pasar á las misiones de Filipinas. Al recibirla se enardeció su espíritu y el júbilo brotaba por todos sus poros; recordaba aquellos hermosos triunfos de los mártires, sentía que la sangre de los ínclitos defensores le abrasaba el alma y suspiraba por el feliz momento de verse rodeado de infieles á quienes predicar la fe, de experimentar hambre y sed; sufrir trabajos y persecuciones y sacar, de entre las mismas garras de los tiranos, almas que llevar al cielo.

El 27 de Julio de 1857 arribó á Manila, sin que durante la travesía haya dejado de orar y de cumplir estrictamente

con todos los deberes que impone la regla; la piadosa y sentida carta en que relata el viaje á sus padres, bastaría á acreditar su acendrada piedad, si no la conociéramos ya suficientemente. Redobra en el convento de Santo Domingo de Manila sus penitencias y oraciones; adquiere cuantos conocimientos se necesitan para el espinoso y difícil cargo de misionero en

el Tung-Kinh, apostolado tan penoso, que á ninguno se obliga á marchar allá, y sólo se accede cuando se solicita, si el Consejo de la Orden cree reune el aspirante los requisitos conducentes á tan arriesgado ministerio. Berrio-Ochoa lo pidió y por unánime voto se acogió su humilde y fervorosa súplica. ¡Cuál no sería su virtud y cuáles sus relevantes cualidades para enviarlo al Tung-Kinh á los cinco meses de llegar á Manila!

Marcha el discípulo de Jesús, siguiendo las huellas de su divino Maestro, á las inhospitalarias playas del Tung-Kinh: sufrirá amarguras sin cuento, tristezas inmensas, penalidades sin fin, pero, como dice á su madre en una dulcísima carta, *el santísimo Rosario en la mano, el Padre nuestro y Ave-maria en los labios, y pensamientos santos en la cabeza ¿qué cosa hay más bella en el mundo?* No ignora, no, esos trabajos, ni desconoce las privaciones que le aguardan, mas lejos de anonadarse, los busca con ansia, anhelando padecer y morir por Jesucristo; la fé le alienta, la esperanza le conforta y la caridad guía sus pasos, ¿para qué necesita más, si lleva el corazón henchido de amor hacia esos infelices que viven en el error?

Cruel persecución se desataba por entonces en el Tung-Kinh contra los cristianos y mayor todavía contra los celosos Misioneros: apenas si de cien regresa uno solo; en aquellos días caía bajo la cuchilla la venerable cabeza del Iltmo. P. Díaz; las iglesias quemadas, dispersos los pobres cristianos, todo conturbado, apenas si los Misioneros pueden salvarse, por los que, multiplicando sus esfuerzos, acuden allá donde hay uno que salvar ó quien desfallezca en la fe. *Berrio-Ochoa* conocía su el horrible estado del Tung-Kinh al solicitar la gracia de ser destinado á esas misiones, y lo pide, quizás por esa causa principalmente. ¡Cuanto heroísmo y abnegación!

Después de recorrer oculto las montañas, vadear ríos, viajando á pié, de noche y empapado en agua, corriendo graves riesgos, llegó *Berrio-Ochoa* á la choza donde se ocultaba el venerable Obispo de Tricornia, D. Melchor García Sampedro. Estudió con incansable actividad la lengua tonquina, venciendo con facilidad asombrosa sus dificultades, y muy en breve prestó á sus compañeros toda la cooperación que de sus grandes luces y extraordinario celo se prometían.

Así siguió durante algún tiempo, en medio de contrariedades sin número y de peligros cada día mayores, pues la persecución arreciaba extraordinariamente. Varios sacerdotes indígenas son martirizados; las prisiones se llenan de cristianos; pueblos enteros son arrasados por negarse sus fieles habitantes á pisar la Cruz, y tan graves se presentaban las cosas, que espanta el considerar aquella crítica situación, casi no se comprende como no desapareció de aquel País el cristianismo, entre tan horrible desolación. Sólo la vitalidad de la Religión y los esfuerzos inmensos de esos ángeles de paz, los Misioneros, pueden atravesar períodos tan crueles, sacando á salvo la verdad, y con mayor prestigio, si cabe, demostrando que la adversidad es la piedra de toque que aquilata las instituciones.

Tanto y tanto se extremó la persecución, que el venerable Sampedro creyó de absoluta necesidad el nombramiento de un Obispo coadjutor, no fuese que, cayendo él en manos de los sicarios del feroz Nyhuyas-Dinh-Tan, quedara aquella inmensa grey huérfana de pastor en ocasión tan espantosa. Mucho se meditó esto, y tras de implorar el auxilio de Dios y de pedir con oraciones y rogativas el acierto en la elección, recayó ésta en *Berrio-Ochoa*. Sorprendido el humilde fraile de tan inesperada elección, hizo todos los esfuerzos imaginables para descargarse y rehuir la dignidad: ruegos, súplicas, oraciones, todo lo empleó para evitarlo, y fué necesario mandarle obedeciera, para que cediendo en su resistencia, se conformara con la voluntad del Señor.

Prepárase santamente *Berrio-Ochoa* para ingresar en el

Episcopado, y el 27 de Junio de 1858, celebróse su consagración en casa de un cristiano. Por cierto, que no teniendo ornamentos para la ceremonia, los cosieron el Sr. Sampedro y el mismo *Berrio-Ochoa*, aunque felizmente no fueron necesarios, pues recibieron unas vestiduras decentes. A la consagración asistieron el Sr. Sampedro, el P. Vicario Riaño y el P. Carrera, y se celebró á las dos de la madrugada. No queremos dejar de copiar un párrafo de la carta en que *Berrio-Ochoa* dá cuenta de su elección al Vicario general de la Orden y Comisario apostólico, Fr. Antonio Orge, porque sus frases patentizan la humildad y el pobre concepto que de sí mismo tenía nuestro Mártir. Dice así:

«Pido ahora á V. P. R. que me dé licencia para arrojarme á sus piés, y puesto en vénia, le pida humildemente perdón de haber manchado el santo hábito con mi subida al grado del sumo sacerdocio, de que tan indigno me creía y me creo y lo soy. De nuevo me confieso hijo de V. R., y como á tal, quisiera que me mandara, me aconsejara, corrigiera y castigara, lo mismo que á cualquiera otro de sus hijos.....»

¿Puede darse lenguaje más sumiso, sincero y que exprese mejor la santa humildad de quien tan severamente se juzga á sí propio?

Los temores del venerable Obispo, Sr. Sampedro, se realizaron desgraciadamente antes de lo que podía temerse, pues á los pocos días fué preso, en unión de sus dos fámulos, y cruelmente martirizado, cortándole los muslos y brazos y después la cabeza. ¡Suplicio infame y refinado, que da idea de la saña con que aquellos sectarios perseguían á los cristianos, cebándose en los Prelados y Sacerdotes con rabia inconcebible!

Hé aquí á *Berrio-Ochoa* colocado al frente de aquella importantísima misión, á los pocos meses de llegar al Tung-Kinh y en la época más crítica que atravesó jamás. Su angustia al verse elevado á puesto tan eminente, se comprende, conociendo su extremada modestia; pero, como la fe obra maravillas y la gracia presta alientos para todo, *Berrio-Ochoa*,

lejos de amilanarse por la desgracia, cobró nuevo vigor, consagrando todos sus desvelos al cuidado de la extensa misión que le estaba confiada: su actividad y su celo alcanzan á todas partes, multiplica sus fuerzas; viaja de noche, descalzo de pié y pierna, como dice en las cartas á su cariñosa madre, cayendo en los barrizales; duerme en las chozas, alimentándose de raíces y vegetales, pero más contento *que la Reina en sus palacios*, según sus palabras, y así atiende á todas las necesidades y aflicciones de aquellos  *pobrecitos cristianos*, que son su única y exclusiva preocupación.

Le obligan las circunstancias á refugiarse en el Vicariato Oriental, para evitar en algo los vejámenes que pesan sobre los neófitos del suyo; mas lejos de cesar en su divina misión, se dedica con mayor ahinco á ella, perfeccionándose en la lengua del país, estudiando cuanto concernía á su elevado ministerio y siendo ejemplo de un verdadero misionero. El Obispo de Pafós, Sr. Alcázar, decía de *Berrio-Ochoa* que *era un varón de vida muy espiritual, de mucha oración y admirable constancia en ella; muy ejercitado en la mortificación exterior y más aún de la interior: humilde sin pusilanimidad, muy amante de Jesucristo; celoso y exactísimo en el cumplimiento de sus deberes, incansable en el trabajo y de brevísimo sueño; y que era tal el grado de sus virtudes, que se hacían sentir y ver de todos, y su fragancia se extendió por todo el Vicariato.»*

Regresa á su Diócesis y transcurren otros tres años: falto de todos medios, recorriendo de noche los escondrijos, donde se ocultaban los cristianos, para llevarles los Sacramentos, alentarles en su fé y consolarles en sus sufrimientos: velando sin descanso por aquel rebaño de que era Pastor: huyendo de sus perseguidores y esperando todos los días la muerte, *Berrio-Ochoa*, como sus dignísimos compañeros, viven muriendo; mas no lanzan una queja, no se les oye un lamento, no se preocupan, siquiera, de su suerte, y si de algo se conmueven es de sus infelices fieles y de no contar con medios para ayudarles; reconcentrado todo su espíritu en aquellas almas,

cuya custodia le está confiada, sus cartas á la Propaganda Fide, á sus Superiores y á sus Padres respiran sólo sentimientos de caridad inagotable, olvido profundo de sí mismo, más aún, alegría y contento de lo poco que padece, cual si anhelara que sus penas borrarán las de sus hijos espirituales. No puede, sin embargo, prescindir de llorar lágrimas de sangre al ver caer diariamente centenares de víctimas, cuyo solo delito era profesar la Religión Católica; aquella ferocidad es imposible de pintar: se les confiscan todos sus bienes, se les carga de cadenas, conduciéndoles atados de pueblo en pueblo y se les decapita; ó arroja al río, para que perezcan más pronto ó más cruelmente; tantas angustias, esas inmensas fatigas le excitan más y más; no duerme, ni descansa, aumenta sus penitencias, ora incesantemente y así infunde aliento á todos, fortaleciéndolos y animándolos.

No queremos seguir adelante sin copiar una carta de *Berrio-Ochoa*, inédita aun, y que debemos á la bondad de un amigo, en la que se revela la humildad, que fué su distintivo, y la sencillez de su carácter, á la vez que su acendrada fé. Escrita para unas pobres monjas, resplandece en ella el espíritu cristiano con intensidad tal, que sólo la puede escribir quien, como *Berrio-Ochoa*, piensa en alta voz y enseña su corazón bondadoso cada vez que habla: dice así:

J. M. J.

M. R. M. Priora y demás Madres y Hermanas, del Convento de Santa Ana de Elorrio.

Salud y gracia.

«Reverendas Madres mías: Mucho há que deseaba escribirles cuatro letras, con el principal objeto de pedir á esa V. Comunidad el auxilio de sus fervientes y puras oraciones. Constituido, Madres y Hermanas mías, sin pensarlo y mucho más sin merecerlo, en la alta dignidad del Episcopado, las gravísimas obligaciones que están anexas á esta dignidad y

que solamente un sucesor de la ciencia, del celo y de la caridad de los Apóstoles puede dignamente desempeñarlas, me colocan en la necesidad de unos especialísimos auxilios de la gracia, sin las que indudablemente caerá sobre mí aquella terrible amenaza que el Espíritu Santo tiene fulminada en la Sabiduría contra los que ocupan altos puestos cuando dice: «que los poderosos más poderosamente serán atormentados.» Estos auxilios de la gracia están franqueados á aquellos que con humilde y confiada oración acuden al trono de la misericordia; y los tales, no solamente consiguen las fuerzas necesarias para obrar su propia salvación, si que también, por un efecto de la misericordia, obtienen muchas veces lo que imploran en favor de sus prójimos. Supuesta esta verdad, ¿á dónde mejor, que á vosotras R. R. M. M. y carísimas hermanas, podré yo acudir para tener segura la ayuda de la gracia, pidiéndoles que interpongan el fervor de sus oraciones y con una santa violencia, nacida del ardor de la caridad, obliquen, digámoslo así, al Esposo de sus almas, á que nunca me deje de su mano, y si me inspire consejos de sabiduría y de prudencia para el buen gobierno de las almas redimidas con su sangre y que me las tiene encomendadas? ¿Quién mejor que vosotras se empeñará, porque yo conserve fiel hasta la postre el depósito que se me ha encomendado? Porque al fin las religiosas de Santa Ana son mis Madres, yo me reconozco por hijo suyo, ¿y si la madre no se interesa por el hijo, dónde colocará este su confianza? Desde la R. M. Priora, hasta la última hermana lega, les pido, pues, con todo encarecimiento, que cuando mediten, cuando oyen la santa misa, cuando rezan el oficio divino y el Santísimo Rosario, en sus visitas á Jesús sacramentado, en sus memorias á N. P. Santo Domingo y todos los Santos de la Orden, y si se quiere, cuando llevadas del deseo de imitar á su Esposo de sangre afligen sus benditas carnes, un suspiro siquiera, carísimas hermanas, á lo menos una ligera memoria de mí no dejen de hacer, á fin de que olvidado Dios nuestro Señor de la muchedumbre y enormidad de mis pecados, sólo atienda á los santos deseos, á las fervientes oraciones y á la amargura de vuestra penitencia, para derramar sobre mí los copiosos raudales de su gracia de los que mis pecados me hacen indigno. Por lo demás, en cuanto á la profesión de su vida, yo nada

les dire, porque pobre fraile y religioso imperfecto, ¿qué podré decirles que no hayan practicado con mucha perfección? Sigán, pues, con acción de gracias, en el camino comenzado, y nunca se ladeen ni á la derecha ni á la izquierda del camino trazado por nuestras santas constituciones. No hay otro camino para nosotros para ir al Cielo; éste es el que debemos andar hasta el último aliento de nuestra vida. Hay otros muchos caminos muy buenos y muy seguros; pero para nosotros no hay otro que el que está marcado por la regla de San Agustín y constituciones de los Frailes Predicadores. Por éstas hemos de sacrificar nuestra salud y nuestra vida; y nosotros hemos de ser unas víctimas voluntarias, que se sacrificuen á Dios en su exacta observancia; sobre todo, hermanas carísimas, un corazón y alma, que es lo primero que se nos avisa y recuerda en el prólogo de las constituciones, lo que aligera el peso de la observancia, lo que hace apetecible la vida religiosa, lo que nos asemeja en la tierra á la bienaventuranza y tranquila vida que hacen los bienaventurados en el Cielo. ¡Pobre de mí! sin pensarlo les estoy avisando lo que practicarán con mucha más perfección que yo. Baste, pues, y repito que no se me olviden las monjitas de la súplica que arriba les he hecho. Supongo que muchas de las que al presente están, me serán desconocidas, é yo también á ellas; las que me conocen, pues, deben avisar á esas buenas almas que soy un pícaro, que cuando estaba por ahí, sólo pensaba en enredar, jugar y ofender á Dios, para que con este conocimiento se muevan más á pedir por mí. Quedo á las órdenes de VV. MM. y RR. y beso á todas las manos.—*Fray Valentin Berrio-Ochoa, Dominico.*—Tung-Kinh 13 Diciembre del 59.»

Mas la persecucion se encarniza más y más, á medida que el tirano comprende que no puede extirpar al Crucificado de sus dominios, y á tal extremo de crueldad llega, que todos los cristianos que no han muerto ó sido encarcelados, vense obligados á agazaparse en los montes más retirados, viviendo entre fieras. *Berrio-Ochoa* tiene que refugiarse en una provincia del Norte, reuniéndose al Obispo Sr. Hermosilla y á los PP. Pedro Almató y Gaspar González. Por la delación vil de un cristiano desleal, és preso el Sr. Hermosilla en la barca

donde se refugió; *Berrio-Ochoa* y Almató, ocultos en otra barca, comprenden no es posible continuar así y deciden confiarse á un Subprefecto infiel, conocido de los pescadores que los ocultaban. Los acogió con fingida bondad y los condujo á casa de un médico pagano: á los dos días los sacaron con engaño, y conduciéndolos á unos arrozales, cayeron en manos de unos soldados, allí apostados; huyeron ambos religiosos, pero el P. Almató dió una terrible caída y *Berrio-Ochoa* no quiso desamparar á su compañero, prefiriendo perecer con él á dejarlo abandonado. Sucedió esto el 25 de Octubre de 1861, y apenas presos, se les condujo á la capital de provincia, á cuyas puertas se hallaba tendido en el suelo el santo signo de la Cruz, para ser pisado por cuantos por allí pasaran.

*Berrio-Ochoa* y Almató se arrodillaron y adoraron con toda reverencia el signo augusto de nuestra redención, y, terminada su oración, declararon no darían un paso más, si de allí no se quitaba la Santa Cruz; hizose así y los llevaron á presencia del Gobernador, que preguntó á *Berrio-Ochoa*: *¿Cuál es tu nombre y cuanto tiempo há que pasaste á este reino?* contestando; *mi nombre es Obispo Winch* (así llamaban á *Berrio-Ochoa*) *y ha cuatro años que llegué á este reino: mi distrito está en las provincias meridionales superior é inferior; pero los mandarines hacian tantas pesquisas que no podia ocultarme en ninguna parte, por lo que me vi precisado á salir para esta provincia.* Repreguntado por el Gobernador si había tenido trato y relación con los rebeldes de 1858, dijo *Berrio-Ochoa*: *que él no aconsejaba á nadie la insurrección; que su fin, al abandonar su patria y pasar á tierras tan lejanas, habia sido predicar la religión de Dios, criador del cielo y de la tierra y aconsejar á las gentes que obren bien y se aparten del mal.*

Después de interrogar en igual sentido al P. Almató, preguntó á ambos, *¿conocéis al Obispo Tuan?* (El Sr. Hermosilla) y *Berrio-Ochoa* contestó *Si le conocemos y le visitamos con frecuencia.* Incontinenti pusieron á ambos en sendas jaulas, junto á la que encerraba al Sr. Hermosilla, y dieron orden de vigilarlos bien.

Participóse la captura de estos dos Sacerdotes á la Corte imperial, más no aguardaron la sentencia, que parece ordenaba se trasladaran los presos á la Corte, pues siguiendo el consejo del cruel Nghuyen-Dench-Tan, el Gobernador oriental mandó cortarles la cabeza sin más dilación.

La fatal é injusta sentencia se cumplió el 1.º de Noviembre de 1861, día en que el P. Almató cumplía 31 años.

Inmensa muchedumbre se agolpó á ver pasar hácia el suplicio á los tres Confesores de la fé; dos caballos y dos elefantes abrían la marcha, seguidos de cuatro compañías de tropa, con las espadas desnudas: en el centro de las dos hileras, formadas las tropas, iban las tres jaulas. Conducía la primera al P. Almató, en cuclillas, por no poder ir en otra postura, en la mano llevaba el Santo Rosario; iba Berrio-Ochoa en la segunda, también en cuclillas y abismado en profunda meditación, que había sido el ejercicio constante de toda su vida; el Obispo de Mileto, Sr. Hermosilla, marchaba en la última, como en carro triunfal, bendiciendo á la multitud.

Llegados al lugar del suplicio se cortaron las jaulas y los tres mártires se arrodillaron, suplicando el Sr. Hermosilla les dieran algún tiempo para emplearlo en oración. Reconciliáronse mutuamente y clavada su vista en el Cielo, encomendaron sus almas al Criador. ¡ Magestuoso momento ! Tres hombres, revestidos de la alta dignidad sacerdotal, sin más delito que el ser demasiado buenos y predicar la verdad, se preparan á dejar este mundo defendiendo la Religión; oran; entonan cánticos de alabanzas al Señor; le piden perdón por sus faltas, constancia en el sacrificio que van á consumir; ni se quejan, ni se conducen; saben que una sola palabra puede salvarles, pero morirán antes que soñar en pronunciarla, pues la muerte és para ellos el triunfo, es la gloria; y el rehuirla, renegar de su Dios y de su fe. ¡ Dios mío ! Acojédlos en vuestro reino, que lo han ganado por toda una vida de penitencia y de perfección y ahora van á sellar con su preciosa sangre el pacto dulcísimo que hicieron con Vos.

Terminada la oración, dijo el Sr. Hermosilla que *hiciesen lo que quisieran, que ellos estaban dispuestos*; ¡nobles palabras, dignas de un apóstol, dispuesto á darse en holocausto por su Dios! Inmediatamente les ataron las manos á las espaldas y los cuerpos á unas estacas hincadas en tierra, pero de tal modo, con crueldad tan extremada, que el pecho les sobresalía extraordinariamente y el cuello quedaba muy estirado; sólo el Sr. Hermosilla, por su ancianidad, se libró de este suplicio. Les lavaron los cuerpos y sonó una bocina, previniendo á los soldados estar alerta y prender al que vieran triste ó condolido de la suerte de los Sacerdotes.

Así permanecen largo tiempo, expuestos á los rayos de un sol abrasador, en actitud tan violenta y sufriendo horribles tormentos; ¡acaba de una vez, sectario de Satanás! Haz que cesen esos martirios y ya que has resuelto mueran esos venerables Sacerdotes, cumple tu inicuo mandato, pero no te goces, viendo padecer á quienes ningún daño te hicieron.

Suena, por fin, la señal de muerte; la fatídica bocina retumba de nuevo en los valles, y, al instante, las afiladas cuchillas de los soldados cortan aquellas preciosas cabezas, que ruedan por el suelo. ¡El sacrificio queda consumado! Las cabezas han caído por tierra, mas sus almas han volado al Cielo; ¡id, mártires de la Religión, esforzados adalides de las milicias de la fé, id al seno de Dios; ascended hasta el Trono del Altísimo, que allá os espera, rodeado de Angeles, para, al entregaros la palma que habéis conquistado, coronaros de gloria, premiando así vuestro heroísmo!

Colgaron aquellos sicarios las tres venerables cabezas en palos, teniéndolas por tres días expuestas al público: mucho trabajaron los cristianos por recoger tan venerandos restos, y lo logró un catequista, dando por ellos tres barras de plata, enterrándolos cuidadosamente en un lugar llamado Jèu-Dát, de la misma provincia oriental, de donde se sacaron más adelante, después de las debidas confrontaciones para acreditar su autenticidad.

## IV

Sinceramente deploramos haber destrozado desconsideradamente los hermosos pensamientos y elevados conceptos con que Arrieta Mascárúa esmaltó la *Vida de Berrio-Ochoa*, pues al extractar su bellissimo trabajo, nos concretamos á lo estrictamente necesario para dar una idea de lo que fué el insigne Mártir. Conste, por tanto, que si algo bueno hay en estas líneas es del Sr. Mascárúa, no nuestro, pues sólo nos pertenece la forma, tan incorrecta como pobre; y perdone la buena memoria del que fué nuestro maestro, si así tratamos el excelente libro que le dictó su piedad.

Al conocer Bizcaya la gloriosa muerte de *Berrio-Ochoa*, precisamente en los momentos en que la Iglesia canonizaba á los Mártires del Japón, estaba foralmente congregada só el árbol de Guernica, y en la sesión de 16 de Julio de 1862, levantó, en medio del más religioso entusiasmo, acuerdos solemnes, que perpetuaran la memoria de su esclarecido hijo. Después se pidieron sus restos mortales para que descansaran en el suelo patrio y que se incoara el expediente para su beatificación, si era procedente. Cumpliósese el decreto de las Juntas generales del Señorío y el cuerpo de *Berrio-Ochoa* fué embarcado en el *Tung-Kinh*, en un buque chino, para ser conducido á Manila; sobrevino una tempestad, y los chinos, llevados de la superstición que les distingue, atribuyeron la borrasca á llevar los restos del cristiano y arrojaron al mar la doble caja que los contenía; mas la Providencia no permitió quedaran sepultados en las ondas, pues, sin que se explique el fenómeno, es lo cierto que á los pocos días apareció la caja intacta en las playas de donde partió.

Muchos años se ha gestionado el que los fieles tonquinaeses entregaran tan preciados restos, mas se negaban obstinadamente, por tenerlos en gran veneración, hasta que el *Ilmo. P. Ordoñez*, dignísimo sucesor, de *Berrio-Ochoa*, se

dignó acceder á las reiteradas súplicas de la villa de Elorrio, y una vez llenadas las formalidades de la petición por la Diputación de Bizcaya, está próxima la hora de que tenga Elorrio la dicha de poseer lo que tanto ansiaba. Reflejar el entusiasmo que en Elorrio produjo la feliz nueva de que los restos de *Berrio-Ochoa* navegaban ya con rumbo á España, sería difícil: con la rapidez del rayo se comunicó la noticia, y entre el golpear de las campanas y el estampido de los cohetes, todas las casas aparecieron adornadas y la multitud se lanzó á la calle, ávida de cerciorarse de la verdad del hecho. Si grande fué su regocijo en ese día, ¡cuál nolo será al recibir los restos, por cuya posesión suspira hace más de veinte años!

## V

Concluyamos este rápido bosquejo. *Berrio-Ochoa* es el tipo del humilde monje, atleta de la fé, que renuncia al mundo por consagrar su vida entera al rescate de las almas. Cuantas más humillaciones sufre, mayores trabajos soporta, y más dificultosa se presenta su nobilísima misión, más se enardece su caridad y mayores impulsos siente de ir adelante en su gloriosa empresa. Obediente, cual pocos, acepta sin vacilación cuanto le ordenan: humilde en extremo, se presenta siempre como el último de los hombres: sabio entre los sabios, conocedor profundo del corazón humano, sabe utilizar su ciencia para llevar sus sentimientos de acendrada piedad á los más rebeldes á los consuelos de la Religión: piadoso sincero, se extasía en la oración y se arroba contemplando al Crucificado, gozando delicias inefables, sólo reservadas á los escogidos del Señor; niño, es ejemplo de piedad; hombre, modelo de virtud, castidad, celo evangélico y caridad sin límites: en el mundo fué un jóven sin tacha; en el sacerdocio un Misionero lleno de abnegación, y cual si toda una vida de perfección, á la que arriba merced á mortificaciones y oraciones constantes, no bastara á abrirle las

puertas del Cielo, consuma su obra, dándola feliz remate con su glorioso martirio.

¡Feliz Berrio-Ochoa que por término de su breve, aunque aprovechada existencia, logra orlar sus sienes con la hermosa corona de gloria, conquistando la palma del martirio, emblema precioso que habrá presentado al Señor y á la Virgen purísima, como título que le concedía el derecho de gozar eternamente de su Augusta presencia!

Y ¡feliz tú, noble villa de Elorrio, que además de contar con un cariñoso protector en el Cielo, que vele por mantener el sentimiento religioso de todos tus hijos, vas á poseer las reliquias de quien, al morir por la Fé, ennobleció aún más á su pueblo natal! Regocíjate, que si los pueblos, para ser grandes, deben mostrarse agradecidos, ¿qué honores dispensarás á tu ilustre hijo, al mártir *Berrio-Ochoa*, gloria de la Iglesia. que sean bastantes á recompensar sus esclarecidas virtudes?

Saluda respetuoso esos restos; descubre, con veneración, tu cabeza al verlos pasar: ¡esa caja, que para llegar hasta tí ha surcado los mares durante meses, encierra la vestidura mortal del que, en unión de los Ángeles, canta hoy en el Cielo alabanzas al Señor, y se goza complacido al contemplar como acoge sus cenizas el pueblo que le vió nacer! Exclama, pues, alborozado:

*¡Paz á los hombres en la tierra! ¡Gloria á los Santos en el Cielo!*

*Aristides de Artiano.*

Barcelona y Mayo, de 1886.

---